

R.: No se puede plantear este problema en un esquema estático. En nuestra intención de transformar la relación entre la obra y el espectador es posible que la obra pierda las características que le son propias en la actualidad. Puede ser que no se la vea en el futuro con sus límites propios y sus características determinadas, sino abierta, indeterminada, cambiante y, ¿por qué no?, inexistente.

P.: ¿Qué mantienen y qué deben estas obras a la pintura y a la escultura tradicional?

R.: Bueno, debemos en el sentido de nuestra formación. Nuestras búsquedas tuvieron como punto de partida la pintura y la escultura tradicional y de ello se resienten todavía.

P.: Condenan ustedes en términos categóricos a las obras tradicionales y al mundo que rodea a esas obras, es decir, críticos, comerciantes, mitos, prejuicios estéticos, etc. ¿En qué medida están ustedes independizados? Aparte de realizar las obras, ¿qué otras medidas prácticas deben adoptarse para liberar al público?

R.: No creemos que estemos aún independizados. Se pueden realizar muchísimas cosas para liberar al público, nosotros hacemos en la medida de nuestras posibilidades y tratamos de crear condiciones para que ello vaya en aumento.

P.: ¿Qué se entiende por crear obras multiplicables?

R.: Obras multiplicables. Este es uno de los aspectos enfocados a combatir a

la obra única, realizada por el artista único. La obra multiplicable lleva en su concepción la posibilidad de ser reproducida sin que por ello cambie de calidad.

P.: ¿No parten ustedes de concepciones estéticas? ¿Ordenan elementos de acuerdo con concepciones estéticas?

R.: Hemos ensayado escapar a las concepciones estéticas. Nuestra participación en la obra la reducimos a lo mínimo. Usamos en general elementos similares y relacionados según un mismo punto de partida. El resto lo dejamos librado a la relación que va a crearse con la participación del espectador.

P.: ¿En la actualidad dependen ustedes del mercado del arte? ¿De una élite?

R.: Dependemos del mercado del arte en cierta medida, económicamente hablando. ¿De una élite? El éxito de nuestras manifestaciones se ha dado en lo general con el público simple y cuanto más éste estuviera fuera de lo que se entiende por élite, más directamente se relacionaba con nuestras proposiciones.

P.: ¿La inestabilidad, la coparticipación del espectador, la re-construcción de la obra en un tiempo sucesivo significa la afirmación de un universo paralelo?

R.: No lo podemos afirmar. Solamente queremos con nuestras posibilidades insistir en la realidad. Realidad que en muchos órdenes nos presenta al ser humano, como un espectador pasivo y dependiente. ◆

(Continuación)

notas bibliográficas

HECTOR DAVID GATICA. — "Memoria de los Llanos". — Ediciones Verborama. — La Rioja, 1964. — 40 págs.

El poeta riojano Héctor David Gatica, director de la Revista Literaria Alborada, que publica en la ciudad de Chepes, edi-

ta "Memoria de los Llanos" que aparece en u provincia bajo el sello Verborama, e impreso en Buenos Aires por Francisco A. Colombo. Las xilografías de Pedro Molina, realizadas en madera de peral, nos ponen sobre la naturaleza de la obra, compaginada y rica de nobles elementos

telúricos, cuyas vertientes geográficas e históricas concitan en el ánimo del lector vastos conocimientos de la realidad provincial en la que encuentran clima los poemas. Así, en el poema inicial, titulado "La tumba de Pedro Berón", se dice: "Lo esperarán de vicio los boliches / en las botellas lánguidas y rotas. / Le cegarán su muerte a cada taba, / le apostará su ausencia a cada sota...". El poemario se intrinca luego en numerosas imágenes extraídas de la realidad telúrica; las imágenes vitales y geográficas armonizan con la idea de la muerte, que se alza en una continuada presencia elegíaca: "La profunda tumba de Berón", "El sitio donde la cruz nos nombra", "La extraña venda viva de dos alas", contienen esa presencia de negación de vida que en forma alguna constituyen la muerte física; asimismo, la dinámica de algunos poemas contiene esa circunstancia: el hacero que derriba árboles; el carrero, "que traquetea el bostezo del camino" y el campero que declara contener "cabras en la sangre", anuncian una periclisis de los elementos, que puede ser equiparada a la muerte vivencial. Los temas de los restantes poemas en que se estructura el libro, contienen indicaciones constantes de ausencia, de lluvia abandonada por el suelo, y de temas elegíacos. Héctor David Gatica ofrece así, un poemario que posee la reveladora fuerza elemental de lo telúrico, la modernidad de su concepción contemporánea y el clasicismo de una constante y sostenida unidad.

Alberto Blasi Brambilla

LILY FRANCO. — "Memoria de los Días". — Cuadernos de la Brújula. — Buenos Aires, 1964. — 36 págs.

Con los poemas de "Memoria de los Días", Lily Franco, poetisa conocida y de vasta repercusión en nuestro medio, obtuvo dos premios literarios, entre ellos la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Sostenido, desde la indicación del título, en una continua postura memoriosa, el poemario resulta constantemente fiel a esa condición invocatoria: "Pregunto a mi pasado / a la memoria de los días que fueron / y se fueron si no he cambiado. / Solo soy fiel al mate y los afectos...". El pasado es una vertiente de fundamental revelación en el poemario, que se estructura en diez memorias distintas. A través de las mismas, Lily Franco brinda revelaciones de vital transparencia: "ahora que el pasado es un

amigo: / los días con color / —rojo, gris, blanco—. Los recuerdos avanzan hasta el primer plano de la acción merced a un inteligente juego de imágenes sensibles, que logran colocar a una de ellas en la integridad visual, cromática o kinestésica del lector. Así dice, en la "Segunda Memoria": "Sólo sé que era junio / y la lluvia caía...". Y en la tercera: "Pienso que me robaron / la posibilidad de tu recuerdo...". En otras instancias, presenta un circo personal entrevisto en la infancia; pizarras y palotes que llegan al primer plano de la realidad a través del recuerdo de un tiempo histórico-personal. La fuerza emocional de estos poemas los impregna asimismo, de revelaciones y hálitos humanos. "El tiene un nombre / simple y proletario. / Como trigo maduro. / Como arado. / No sabe que es tan libre / como el hombre ha soñado". Complementado así en términos sensibles y emocionales, "Memoria de los Días" es un libro estructural y firmemente concebido en torno a temas antropocéntricos que amplían el campo experiencial del lector.

Alberto Blasi Brambilla

ANGELA BLANCO AMORES DE PAGELLA. — "Hombre con su Dolor". — Ediciones Huemul. — Buenos Aires, 1964. — 64 págs.

Los poemas de "Hombre con su Dolor", de Angela Blanco Amores de Pagella, se encuentran signados por una concepción humana y una memoria romántica nunca desmerecida en todo el transcurso del libro. Angela Blanco Amores de Pagella, poeta, crítica literaria, ensayista y profesora universitaria bien conocida en nuestro medio, posee una vasta cultura de polimórfica estructura, que se refleja en el poemario. La soledad, con todas las imágenes visuales y gráficas que propone, está presente en las páginas de "Hombre con su dolor", llamada mediante bellas invocaciones: "isla mía"; "alto peñasco mío", en la luz del pensamiento avizorada pero huyente que nutre uno de los más hermosos sonetos del libro; en la "vida de tronco alto", que se lanza a las estrellas, y en los distintos signos de la muerte que aparecen pródigamente en el poemario. El amor humano, cálido e inasible; presencial y pleno de ricas posibilidades, es otra de las vertientes plenas de aventuras del libro. Hay una ausencia en él: ausencia de seres que fueron tangibles y que se descorporizaron en los avatares de la empresa poética. "Se quedaron tendidos en el campo...", nos dice en "Pa-

labras para los que no regresaron". Los términos que causan impacto en el lector, como el de la luz, de la marea, del hombre y, de nuevo, de la muerte, son empleados por Angela Blanco Amores de Pagella con acierto. "Hombre con su dolor" se erige así en testimonio personal de la autora; pero también en síntesis de buena parte del hacer de nuestra época. Se presenta en una pulcra edición de Huemul.

Alberto Blasi Brambilla

ACIDES B. PEREZ GALLART. — "La Iglesia Católica y Occidente". — Buenos Aires, 1964. — 10 pp.

Se trata de un folleto, que contiene el discurso que pronunció su autor en la Cámara de Diputados, el día 18 de junio del año en curso.

Se trata de una luminosa y contundente réplica, a las sandías aseveraciones, que hizo el socialista Américo Ghioldi, con ocasión de la tan anticuada como sectaria moción y proposición de éste, acerca del juramento de los obispos y arzobispos.

"Señor presidente: como hombre de nueva generación política, lamento ocupar unos minutos más el tiempo de la Cámara en un debate que, como dijera un matutino porteño, parece arrancado a los anales parlamentarios de hace medio siglo; pero tengo un deber de conciencia y un mandato de mis electores que cumplir.

"Santa Cruz es tierra incorporada a la civilización por la Congregación Salesiana, por los hijos ilustres de Don Bosco, y mal puede, entonces, un diputado santacruceño permanecer en silencio frente a algunas cosas que aquí se han dicho".

Como el Dr. Ghioldi defendía el ya caduco Patronato y hasta algún diputado consideraba en vigencia el derecho del Gobierno para examinar las bulas, breves y rescriptos papales, dijo el doctor Pérez Gallart muy atinadamente lo que transcribimos:

"El patronato —diré yo— no es bueno ni malo, es simplemente anacrónico. Ya otros señores diputados, y en especial los señores diputados Domíngorena, Pizarro y Luco, demostraron cabalmente que ha perdido toda finalidad práctica y toda necesidad para el Estado el ejercicio del derecho de presentación de los obispos.

"Algo se dijo también por uno de esos señores diputados con respecto al derecho del gobierno para examinar las bulas, breves y rescriptos papales a fin de darles o negarles el pase respectivo. Se dijo que con los modernos medios de difusión los fieles reciben directamente la palabra de

los pontífices, sin cuidarse de que el pase sea concedido o denegado.

"Este argumento no es nuevo. Hace casi cien años, en una distinguida asamblea legislativa, en las Cortes constituyentes españolas de 1869, un gran hombre público, un gigante de la tribuna parlamentaria, Antonio Cánovas del Castillo, hacía exactamente ese mismo planteo. Sostenía que ya no tenía ninguna finalidad práctica el control del soberano sobre los documentos pontificios, desde que los fieles, mediante la prensa, podían conocer directamente su texto y, más aún, decía que ya eso había ocurrido en tiempos de Felipe II, en los albores de la imprenta".

Expuso a continuación cómo en la España de 1869, y en la de aquella época, se podía con alguna base, aunque inconsistente, mantener el Exequatur, por la interposición del Derecho Canónico con el Derecho Civil, pero yo, agrega el Diputado por Santa Cruz, deseaba saber si dijera cuál institución del derecho civil que existía en nuestro país, después de la secularización de cementerios, después de la ley de registro civil, después del Código Civil y de la ley de matrimonio civil, continúa siendo regida por el derecho canónico, para que esos documentos papales puedan producir a su respecto algún tipo de efecto civil. Digo esto para completa el cuadro sobre el anacronismo absoluto del derecho de patronato.

"Pero el Patronato está en la Constitución", es la tabla de salvación para los regalistas de hoy, atrasados en algo más de un siglo, ya que cuando se puso en la Constitución olía a marchito. La respuesta a esta salida nos la da certera el señor Pérez Gallart ya que acepta que está en la Constitución, pero también lo están las patentes de corso y represalia, las postas, las milicias provinciales, el juicio por jurados, el derecho de las provincias de armar buques de guerra, las medidas a adoptar por el gobierno federal en caso de que un provincia invada a otra y el derecho de los ciudadanos de una provincia a pagar impuestos y contribuciones en moneda corriente en esa provincia, aunque no sea moneda nacional de curso legal, más aún, la prohibición para el presidente de la República de salir del territorio de la Capital sin permiso del Congreso, ni siquiera para ir a su residencia de Olivos, porque la Constitución no distingue.

"Ninguna de esas cuestiones provoca debates ni interpelaciones, aunque estén escritas en la Constitución como lo está el patronato".

Pero, ¿cómo se explica que un "intellecto brillante" como el del señor Ghiol-

di haya llevado al Parlamento un cadáver o momia de ese jaez? Dos cosas han movido al diputado socialista: "la defensa del liberalismo y la denuncia de los avances de la Iglesia Católica con relación al Estado argentino. Esta interpelación ha sido algo así como un toque de clarín para reunir a los liberales supérstites en un frente común contra el avance de la que supone el señor diputado interpelante una vigente y en marcha reacción clerical. Por eso voy a referirme, estrictamente dentro del debate, a esos dos temas que son el centro y la causa de esta interpelación".

"Defendiendo el liberalismo se hizo un magnífico esfuerzo por separar la filosofía liberal de sus consecuencias en el terreno social y económico. El esfuerzo no es nuevo, aunque tiene la virtud de ser consecuente con el pensamiento social democrata, que toma del socialismo su rechazo a la economía liberal, al par que toma del liberalismo sus restantes concepciones del mundo. Pero el esfuerzo es vano".

"El propio señor diputado interpelante ha definido a la filosofía liberal como un "proceso de emancipación humana". La definición es exacta. El liberalismo proclamó la soberanía del hombre, pero cuando pretendió emanciparlo de su Dios, creando inclusive un antagonismo absurdo entre el hombre y Dios, no dejó al orden social más fundamento que la fuerza. Sea la fuerza de la explotación capitalista, pintada en cuadros dolorosos por los viejos próceres del socialismo, cuyas páginas conocerá de memoria el señor diputado por la Capital, sea la fuerza de las clases en lucha, proclamada por Carlos Marx y su heredero José Stalin, sea la fuerza de las razas en lucha, proclamada por Gonineau y su heredero Adolfo Hitler".

A expresiones tan concretas y debeladoras de las añagazas socialistas, agregó el doctor Pérez Gallart, otras no menos acertadas y aceradas respecto al liberalismo, ya que "el liberalismo pretendió en Occidente sustituir al cristianismo por la soberanía de la razón, y sólo trajo al mundo la soberanía del fuerte sobre el débil. Por eso, el liberalismo no sirve de fundamento a la civilización occidental en su lucha contra el materialismo ateo, y su defensa en éste año del siglo XX de nuestro Señor Jesucristo es, por lo menos, anticuada. No hay fundamentos para los conceptos de libertad y dignidad humanas si no se empieza por admitir que el hombre es libre y es digno, porque Dios lo creó a su imagen y semejanza. Por eso, la civilización occidental ha debido vol-

ver en plenitud al cristianismo. Es que un liberal puede defender el capitalismo de Occidente, puede defender el elevado desarrollo material y el alto nivel de vida de algunas clases sociales en algunos países de Occidente, pero confrontada con la dura realidad, de que no todas las clases tienen el mismo nivel de vida ni todos los países el mismo desarrollo, nada le queda por defender, salvo su obstinación.

"Occidente tiene hoy un programa en su lucha contra el comunismo porque Juan XXIII se lo dio con sus encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in terris*. Nadie en Occidente habla de civilización occidental capitalista o de civilización occidental liberal, todos hablamos de civilización occidental cristiana, porque día a día Occidente vuelve al cristianismo. Occidente se abraza al cristianismo y la Iglesia Católica, ejerce la rectoría espiritual de la mayoría de los cristianos, y es hoy, en concilio, la fuerza nucleadora de toda la cristiandad. En esa rectoría espiritual, en esa fuerza nucleadora y no en ninguna otra fuerza, oculta o no, encontrará el señor diputado interpelante la explicación para los avances que realiza día a día la Iglesia Católica, no en sus relaciones con el Estado argentino, no en sus relaciones con un Estado determinado, sino en sus relaciones con el hombre y la civilización occidentales".

Más adelante recordó cómo el señor Ghioldi había dicho que los clericales sostenían un falso dilema: o Iglesia Católica o Comunismo, pero el dilema, según se expresó Pérez Gallart no es falso, sino que su planteo estaba equivocado: "el dilema es otro y muy real: o cristianismo o comunismo. ¿Qué tiene Occidente para oponer a la doctrina de Marx y de Stalin sino la doctrina de Cristo y sus pontífices? La Iglesia Católica es hoy antemural de Occidente, como ya lo fue en otras épocas de la historia. Y es, además, un pilar básico de la nacionalidad, porque su fe alentó a los guerreros de la Independencia, a los caudillos federales y a los gauchos que los siguieron; gauchos y caudillos que fueron aplastados para permitir la introducción del liberalismo primero y de los ferrocarriles ingleses más tarde, factores que se adueñaron juntos del gobierno, pero nunca del alma del pueblo argentino".

Hace años que se oyen voces, aun las más sorprendentes, de que el liberalismo había ya muerto, pero resulta satisfactorio que se haya dicho en el Parlamento argentino, donde no faltan los mentalmente rezagados, ya que el hecho consumado y que está a la vista es que "la etapa liberal es un período concluido en

la República. Vive sólo en la añoranza de algunas minorías a las que ya no sigue; ni cree la mayoría del pueblo argentino".

Continuó el orador haciendo votos para que el gobierno prosiguiera en sus buenas relaciones con la Iglesia Católica: "Espero que el gobierno proseguirá por el buen camino en esta materia. Y como lo deseo sinceramente me alarma haber oído, cuando el señor diputado Amura se refería a los servicios prestados por la Iglesia Católica a la libertad del hombre, a un diputado del partido gobernante que preguntaba a voz en cuello por la Inquisición. Me alarma, porque esa pregunta, además de su deficiente historiográfica, revela animosidad hacia la Iglesia Católica, y mucho más me alarma haber oído a otro señor diputado del partido gobernante manifestar de manera airada que la ley Domingorena es desintegradora de la nacionalidad, porque esa manifestación encubre el mal contenido resentimiento de los liberales, que han perdido el monopolio de la cultura después de sesenta años de emplearlo en tergiversar la historia argentina y deformar el alma nacional, educándola para el cipayaje", y terminó con frases tan felices como éstas: "no es con animosidad hacia la Iglesia ni con resentimiento liberal, mal o bien contenido, que edificaremos la Argentina grande y cristiana, que si no es cristiana no será".

G. Furlong, S. J.

VICENTE OSVALDO CUTOLO. — "Argentinos graduados en Chuquisaca". — Ed. Elche. — Buenos Aires, 1963. — 146 pp.

Refiere Isla en su *Fray Gerundio de Campazos*, que como éste no tenía el necesario talento para los estudios eclesiásticos, se metió a predicador. Otro tanto cabe decir de la mayoría de nuestros presuntos historiadores, quienes, incapaces de investigar, se metieron a escribir sobre temas históricos. Leyendo dos o tres monografías sobre un tema, elaboraron otro a base de los mismos, pero extremando y casi siempre para peor, los asertos que en ellos hallaron.

Nada de esta táctica, tan general y tan funesta, hallamos en este librito del doctor Cutolo aunque, como él lo declara de entrada, está trabajando sobre los dos elencos publicados por Samuel Velasco Flor y Valentín Abecla, pero sobre esos troncos ha hecho proliferar un ramaje inmenso como de magnolia, lleno de blancas y olorosas flores, ya que cada uno de

los argentinos, graduados en Chuquisaca, le ofrece la coyuntura, que él aprovecha con envidiable acierto, para ilustrarnos sobre tantos varones beneméritos del pasado nacional.

Ni se crea que la parte biográfica de estas sustanciosas notas, más extensas y más valiosas que el mismo texto, sean un extracto de Udaondo. Nada de eso, aunque es evidente que, en más de una ocasión, ha consultado el magno repertorio udáondino.

Hay notas verdaderamente extraordinarias por la compacta información que ofrecen, como las referentes a Antonio Sáenz, a Echavarría, a Baillón de Allende, a Tomás Manuel de Anchorena, a Matías Vicente de Oliden, etc. Si para darnos un medallón de este postrero se valió del estudio de Rodríguez Oliden, habría podido completar y esclarecer el tocante a Echavarría, si hubiese conocido el trabajo que, sobre este rosarino, publicó hace años el entonces Presbítero y hoy Cardenal Antonio Caggiano.

Pero lo que nos ofrece el doctor Cutolo es mucho y grandemente orientador, y sólo lamentamos que no nos dé estudios análogos a éste, con referencia a los ex-alumnos argentinos de la Universidad de Santiago de Chile y de los egresados de nuestra Universidad de Córdoba.

G. Furlong, S. J.

PASCUAL R. PAESA. — "Un pionero del Alto Valle del Río Negro: el P. Alejandro Stefanelli". — Rosario (Apis), 1964. — 160 pp.

Si la acción civilizadora de los Padres Franciscanos fue, entre nosotros, tan extensa e intensa como, día a día, nos la van presentando los documentos, y si la de los jesuitas fue de tan extraordinaria envergadura, que hasta hombres de alma negra como Voltaire y D'Alembert se vieron constreñidos a aplaudirla, podemos decir que la acción apostólica y cultural de los Padres Salesianos, en la segunda mitad de la pasada centuria, no ha sido inferior a la de los hijos de San Francisco y a la de los hijos de San Ignacio.

Si *ex ungue leonem*, el libro que, sobre el Padre Stefanelli, acaba de darnos el Padre Paesa probaría con creces nuestro acerto. A la manera franciscana en el siglo XVI, y a la de los jesuitas en los siglos XVII y XVIII, los Padres Salesianos fueron en la Patagonia de ayer los sacerdotes, que se entregaron tan generosa como abnegadamente a la conversión de los indígenas, pero con iguales afanes fueron los agricultores y los ganaderos,

los fundadores de ciudades y los que abrieron caminos, y colocaron puentes sobre los ríos, y llevaron doquier el altar y la azada, la efigie de María Auxiliadora y el molinete, los catecismos religiosos y los descubrimientos de la técnica moderna.

Paesa nos dice que el Padre Stefenelli fue el adelantado, entre los misioneros salesianos, en el Alto Valle del Río Negro y lo que es hoy "el portento" frutero en tierras argentinas, se inició, gracias a sus esfuerzos, iluminados por su clara inteligencia. "En el inmenso cauce del Nilo Argentino, que sufría el inconcebible suplicio de Tántalo, abrió los canales definitivos, fijó los primeros automotores, plantó y seleccionó las primeras vides, realizó la primera Escuela Experimental de Agricultura, fue el médico en los años saludables y en los años del flagelo de epidemias..."

Largamente en las densas páginas de este volumen expone tan documentada como brillante el Padre Paesa esta amplísima labor de ese varón tan santo como práctico, tan sacerdote como estadista, tan empeñado en el bienestar espiritual como en el material de sus feligreses.

Si años atrás, y a propósito de una monografía de otro y sobre otro Salesiano, y nos referimos a la compuesta por un tan noble espíritu como el Padre Massa, dijimos que era una lucubración pesada, ávida, confusa, no obstante la riqueza de noticias que contenía, hemos de anotar que esta del Padre Paesa, sin rozar siquiera con el estilo novelesco, del que tanto gusta, con dudoso éxito, el Padre Raúl Entraigas, es amenísima, y si los documentos abundan, ellos no obstruyen la lectura y están en el mismo plano que todo el contexto.

No lo dice el autor, pero si los Padres Franciscanos de la primera hora tuvieron que lidiar contra los encomenderos, y los jesuitas de la segunda hora contra los Paulistas o Mamelucos, el Padre Stefenelli y los heroicos misioneros de Don Bosco, en la Patagonia, tuvieron que habérselas con los hombres civilizados de Buenos Aires, y el solo hecho de habérselo despojado al Padre Stefenelli de su Colegio de San Miguel y de haberse apoderado los hombres de Buenos Aires de las "chacras de los Curas", esas chacras pasaron de manos tan muertas, pues fueron las que descubrieron e hicieron a la Patagonia, a las manos demasiado vivas de los que, poco afectos a los misioneros, se mostraron por demás afectos de los bienes de los misioneros. Es historia antigua.

G. Furlong, S. J.